

8

Suárez Marco Fidel, 1855-1927

RAFAEL NUÑEZ, 1825-1894

Y

CARLOS BOLGGIN, 1832-1894

CDD 923-861

1894

*S. D. Rufino Gutiérrez*

*Su affmo. amigo.*

*Marco S. Suárez*

BOGOTÁ (COLOMBIA)

IMPRENTA NACIONAL



## RAFAEL NÚÑEZ

La noticia de la muerte del Excelentísimo Señor Doctor RAFAEL NÚÑEZ, Presidente de la República, acaecida en Cartagena el 18 de Septiembre, ha producido dolor en sus amigos, pena en sus copartidarios y estupor en sus conciudadanos. Varios Gobiernos han expresado, por el órgano de insignes personajes, sus sentimientos á causa del fallecimiento de este colombiano, cuya fama había salvado los límites de la patria y cuya obra era contemplada atentamente en Europa y América: el Sumo Pontífice León XIII se ha condolido por la muerte de un estadista á quien Su Santidad citaba como modelo de gobernantes católicos; Casimiro Perier, en quien se personifican hoy los elementos conservadores de la civilización, ha enviado su pésame al Gobierno de Colombia; el Ministro de Relaciones Exteriores de Italia, cuyos votos no pueden ser más imparciales hacia nosotros, se ha dignado asociarse á este duelo; y los Presidentes de varias Repúblicas americanas han hecho otro tanto, deplorando nuestra desgracia nacional.

Semejantes manifestaciones demuestran que no se trata de un hombre ordinario ni de un acontecimiento común. Y á la verdad las dotes eminentes que distinguieron al finado, la grandiosa obra que le llevó á cabo y

el prestigio excepcional de que gozó, justifican estas manifestaciones en su muerte, así como justificaron en su vida que por cuatro veces le llamasen sus conciudadanos á presidir la República ; que por veinte años influyese decididamente en la política nacional, y que durante doce se le confiaran las riendas del Estado. Sin hipérbole alguna puede contarse al Presidente NÚÑEZ entre los grandes hombres á causa de sus singulares cualidades, y entre los genios políticos porque fue creador : político, hombre de Estado, publicista, filósofo y poeta, perteneció al reducido grupo de aquellos á quienes la Providencia comunica múltiples y poderosas dotes para que realicen grandes cosas. Su estrella resplandeció mucho tiempo en nuestro cielo, y en su último día brillaba aún sobre el horizonte, señalando nuevos rumbos. No cayó ni decayó ; adalid de una gran causa, luchó con denuedo y fue coronado por la fortuna, sin que al morir hubiese presenciado la ruina de su obra, ni experimentado el baldón de la caída ó la impotencia de la decrepitud.

\*

Hace veinte años que inició NÚÑEZ la labor que debía concluir en una profunda reforma de las instituciones políticas de Colombia. Habiéndose afiliado en su juventud en un partido de opiniones extremas, se convenció pronto de la exageración de aquellas tendencias ; y aunque sus talentos le aseguraron desde el principio de su carrera los más elevados puestos públicos, resolvió apartarse de la lucha y dedicarse por mucho tiempo al estudio y á la meditación en los pue-

blos más civilizados. Su larga permanencia en Europa tuvo que modificar hondamente sus antiguas ideas y hubo de persuadirle de los errores de su partido ; sobre todo en Inglaterra recibió una saludable enseñanza, que le suministraron los ejemplos de Gladstone y Disraeli y que casi siempre olvidan nuestros hombres públicos, debido al candente medio en que trabajan : y es que un pensador puede modificar sus ideas sin que esto mengüe su carácter ; que en política no son lícitas las oscilaciones, pero sí las rectificaciones progresivas.

El partido colombiano á que NÚÑEZ había pertenecido se hallaba en el poder después de muchos años, y desgraciadamente su obra no era satisfactoria, pues había cometido el gravísimo error de convertirse en una especie de secta filosófica, cuyos principales errores fueron la desorganización de la Nación á causa de un federalismo monstruoso, la violación de los derechos civiles y políticos en virtud de las más quiméricas libertades, y el establecimiento de las guerras religiosas de la Edad Media en una sociedad del siglo XIX. El país, digno de mejor suerte por la índole nacional y por las condiciones físicas del territorio, permaneció, sin embargo, en vergonzoso atraso, dando al mundo un continuo espectáculo en que alternaban las polémicas con las batallas.

El campo que necesitaba la reforma era una sociedad con grandes defectos y grandes cualidades, entusiasta, discutidora, de genio especulativo, gustos áti- cos y profundo sentido moral, que jamás ha tolerado dictaduras y en cuya imaginación obra grandemente el brillo de la palabra ó de la pluma. Los elementos para formar un nuevo partido se ofrecían desde luego.

en la segregación del que se hallaba en el poder, es decir, en todos los individuos que se habían apartado del partido dominante, fuese porque sinceramente estuviesen convencidos de sus errores y faltas, ó porque los guiase su propio temperamento oposicionista. Presentábase también, como aliado, el partido antagonista tradicional, respetable por su número, por la dignidad de su pasado y la excelencia de su programa; pero abatido por la fuerza de las armas, inflexible y suspicaz á causa de la rigidez de sus principios y por lo mismo tan refractario á la disciplina, que llamándose conservador, parece en ocasiones falto de instinto de conservación.

Sostenido ó auxiliado por estas fuerzas políticas, fundó NÚÑEZ el partido que se llamó nacional en razón de su composición y tendencias, pues representaba la gran mayoría de la Nación y se proponía objetos que podían resumirse en la salvación de la nacionalidad. La empresa se llamó Regeneración desde el día en que el resuelto caudillo proclamó, en memorable dilema, la necesidad de reformar sustancialmente la administración pública. El curso de esta empresa resulta espontáneamente dividido en dos épocas: la de preparación, anterior á la guerra de 1885, en que la obra apareció indecisamente delineada y con tendencias más ó menos indefinidas; y la de realización, que dató de aquel acontecimiento y en que la reforma se caracterizó netamente y quedó definitivamente consumada.

Emprendió NÚÑEZ la reforma sin indicar circunstanciadamente el objeto final de su obra, de modo que la discreción fue la primera cualidad que puso en jue-

go el gran político ; el piloto se guardó de señalar la posición de la isla, fuese porque él mismo la ignoraba ó porque comprendiese que la distancia haría flaquear á muchos de sus seguidores. El público no sabe si intentó desde el principio llegar al término adonde llegó, ó si fue arrastrado por la ola más allá del fin propuesto, como sucede casi siempre á los caudillos de las revoluciones ; pero es lo cierto que, avanzando siempre, su discreción le salvó de que se le amotinase parte de sus secuaces, muchos de los cuales fueron rezagándose desalentados en el camino y haciendo que la ruta del reformador quedase, como la vía Apia, regada de sepuleros.

Su propia habilidad, la sinceridad de sus patrióticos deseos y los errores de sus enemigos justificaron completamente su conducta como reformador de la Constitución y le redimen de toda nota de deslealtad en este punto ; pues tuvo cuidado de invitar á sus adversarios repetida y amigablemente á la reforma, llamamiento que ellos contestaron con la guerra. Así quedó NÚÑEZ desobligado aun de los compromisos tácitos ; se le presentaron, unidos del modo más espontáneo, el deber de la defensa y la ocasión de realizar sus planes ; y aun sucedió que los mismos que le hicieron la guerra se le anticiparon en la declaración de la caducidad de las instituciones.

La victoria de las armas nacionales le constituyó caudillo de un gran partido y director de un inmenso movimiento. En esta situación desplegó todos los recursos de su genio y todas las energías de su carácter para realizar las reformas que en un principio tal vez se habían presentado apenas como objeto confuso

á sus altas ambiciones. Entonces, sin estorbos y dueño de vasto campo, asumió una franca actitud, anteponiendo siempre la causa á las personas; y viósele dirigir su obra con la serenidad del que, empeñado en una jugada, arroja ó recoge las cartas pensando sólo en el conjunto de sus combinaciones. La frialdad de quien prevé y calcula sin oír las voces de los afectos personales, como si sólo tuviese cerebro y careciese de corazón, podrá calificarse de diversos modos según el criterio con que se considere; pero lo cierto es que esa cualidad es característica de todos los grandes políticos, quienes posponen los hombres á las causas así como los jueces sacrifican la amistad á la justicia.

Después de que la reforma quedó técnicamente realizada, el Presidente NÚÑEZ consagró sus cuidados á la conservación de la paz nacional; y conociendo que la enemistad de sus adversarios era inextinguible, propúsose mantenerlos vencidos, como se propuso Richelieu tener á raya al hugonote. Aprovechaba las circunstancias y los acontecimientos para acentuar y consolidar más su obra, cuidando de que sus providencias fuesen justificadas por los sucesos y empleando á maravilla las reservas del diplomático, las restricciones de un lenguaje sumamente discreto y admirables toques de disimulo. ¿Fue esto una falta? Júzguese como se quiera el fondo de estos actos, lo cierto es que probablemente no ha habido políticos extraordinarios que no hayan sido consumados en las artes de la astucia; desde Augusto hasta Sagasta los conductores de hombres fueron siempre insignes comediantes; la misma moral teológica no califica de inmorales las restricciones mentales, y el Evangelio, al reco-



mendar el candor de la paloma, recomienda también la astucia de la serpiente. Pero mientras que la mayor parte de los grandes políticos han mezclado la venganza y la crueldad á las artes y combinaciones del ingenio, cometiendo excesos que manchan su gloria, á NÚÑEZ le cupo la dicha de morir con las manos limpias de la sangre de sus semejantes.

La previsión y la perspicacia caracterizaron su poderosa inteligencia, de forma que dilataba sus cálculos á remotas distancias y examinaba el fondo de las cosas y de los hombres con singular acierto. Con todo, aunque poseía la conciencia de su fuerza intelectual, libróse de la terquedad y de la precipitación, escollo en que naufragau ordinariamente los proyectos y cálculos humanos. Por eso se guardaba siempre que podía de sentar proposiciones absolutas y de entrar por caminos de una sola salida; poseyó lo que pudiera llamarse talento de orientación, consistente en adaptar las resoluciones á las circunstancias, después de examinar éstas diligentemente; y sin aferrarse á sus primeros planes, los modificaba y aun rectificaba cuando lo creía necesario.

Flexible y conciliador, reunía á estas dotes otras cualidades que parecen contradictorias, pues sobresalió en constancia y valor civil. Una vez que adoptaba una resolución fundamental, sus propósitos eran inquebrantables; en medio de las peripecias de su agitada vida, guardó en su corazón sus planes de reformador y los llevó á cabo sin vacilaciones; y se atrevió á implantar la reforma más atacada y más profunda, rodeado de innumerables peligros y exhibiendo una estupenda serenidad. ¡ Singular carácter

en quien armonizaban las dotes más diversas ! ; privilegiada personalidad, compuesta de cualidades al parecer incompatibles, y en quien se fundían las condiciones más opuestas, los sentimientos de un poeta, las dudas de un filósofo, los cálculos de un hacendista, las previsiones de un político, la cautela de un diplomático, las ambiciones de un reformador !

Con especial esmero cumplió las exigencias de la urbanidad, especie de virtud que por su influencia en la política recibe también este último nombre, y que después de la beneficencia es el medio más apropiado para ganar las voluntades. Cultivaba una extensa correspondencia, que él mismo llevaba de su puño y letra ; poseía el más fino tacto para tratar á cada uno de acuerdo con sus gustos y aficiones ; y sabía captarse el aprecio y la gratitud por medio de los estímulos más delicados.

Su grande instrumento fue la pluma. Consideraba la prensa como un inmenso poder y la misión del periodista como labor de imponderable trascendencia y de enormes responsabilidades. Nunca dejó de escribir para el público, ora fuesen artículos de carácter abstracto, ó estudios de interés local, reflejándose en su manera de escribir las excelsas cualidades de su espíritu, pues ningún periodista ha expresado entre nosotros más altos pensamientos ni ha empleado una forma más brillante. Casi nunca perdió la serenidad, reflejo de la fuerza de su mente, y aun en sus escritos de polémica y en sus más vehementes filípicas guardó el comedimiento propio del caballero que se bate en duelo y cuyos tiros se distinguen del pugilato de la gente vulgar. Su áurea pluma desdeñaba contestar los

insultos y agresiones personales y se complacía en considerar las cuestiones desde los puntos de vista más elevados.

Resultado de su talento y á la vez de su energía fue el dominio que ejerció sobre sí mismo en cuanto se refería á la dirección de la política, y cuyas principales manifestaciones eran una gran paciencia respecto de los acontecimientos y de los hombres y una discreción á toda prueba. A veces, cuando las situaciones parecían más urgentes y cuando sus copartidarios creían llegado el momento de las soluciones anheladas y de los pasos decisivos, él permanecía atento al curso de los sucesos y aguardando á que soprase el viento para tender las velas del bajel. Supo fijar con el mayor acierto las oportunidades de la palabra y del silencio, y á la vez que recogía los rayos esparcidos de las opiniones particulares y de los diversos pareceres, esperaba la hora mejor para reunir en un haz brillante esos rayos por medio de su pluma. El dominio sobre sí mismo era lo que le habilitaba para aprovechar las buenas cualidades de los hombres sin desconocer ni maldecir sus defectos, empleando aquéllas y desechando éstos, así como el artista transforma en estatua el material adecuado, separándolo de las escorias. Estas dotes fueron simultáneamente efecto de su privilegiada inteligencia y de su virtud, pues si hay algún hombre virtuoso en el sentido que la antigua filosofía daba á la palabra, es el que se vence á sí mismo hasta sobreponerse á las debilidades é impertinencias humanas, á la lentitud de los acontecimientos y á la especie de necesidad que nuestra alma siente de expresar hasta con fruición las ajenas flaquezas. Y al pro-

pio tiempo, al lado de esta medida para obrar y de esta paciencia para plantear los problemas y preparar su solución, ninguno le aventajaba en la rapidez con que ponía en práctica sus proyectos y con que realizaba sus ideas.

Con tan poderosa inteligencia y tan vasta ilustración, el Presidente NUÑEZ practicó la política civilizada de los grandes hombres; por lo cual se presentó como un tipo de hombre público casi desconocido en países como el nuestro, donde aquel arte casi nunca ofrece sino las soluciones empíricas del sable ó de la hermenéutica sin vuelo. Empeñado en lucha descomunal con un partido dirigido por hombres ilustrados, hábiles, audaces y disciplinados, que se creyeron invencibles en las lides de la fuerza y de la inteligencia, lo batió y no le concedió desquite. Quizás no hay ejemplo en ningún país americano de una lucha tan intelectualmente dirigida y tan plenamente victoriosa como la del doctor NUÑEZ contra su poderoso adversario.

\*

Como estadista y administrador se distinguió ante todo por una grande actividad, aplicada casi siempre al conjunto más bien que á los detalles, más sintética que analítica, y por lo mismo poco adaptada á la reglamentación minuciosa y á las tareas organizadoras. Todos los asuntos importantes de la administración, á cualquier ramo á que perteneciesen, merecían su atención; y disponía de tiempo para las tareas políticas, para las funciones administrativas y para los estudios que formaban sus aficiones filosóficas y literarias.

Sus talentos administrativos eran admirablemente dúctiles y se acomodaban á diversas materias, pues era consumado en asuntos de hacienda, guerra, diplomacia y crédito público, varios de los cuales dirigió con especial lucimiento como Jefe de los departamentos respectivos.

Si en política tuvo NUÑEZ el dón de gentes con el cual atraía á los hombres, como estadista los comprendía y pesaba después de alguna observación, percibiendo sus aptitudes así como los flacos de su inteligencia ó de su carácter. Esto explica en mucho el éxito de sus empresas, pues casi siempre sabía escoger los auxiliares más á propósito para cada caso. Su conocimiento de los hombres le habilitaba para dirigirlos simultáneamente, sin choques ni colisiones, en aquellas empresas en que obtuvo con elementos heterogéneos resultados que exigían perfecta unidad de acción; así fue como logró poner bajo un mismo yugo voluntades tal vez opuestas y como alcanzó, auxiliado de un mapa y un telégrafo, impulsar las admirables expediciones militares que defendieron su gobierno.

Acompañábanse estas dotes de verdaderas y grandes virtudes. Entre ellas descollaba la energía, que fue la que le sostuvo en las horas más difíciles y en las más amargas pruebas, cuando su nave casi zozobraba y cuando se veía abandonado de casi todos sus amigos; la energía que le alentó al lanzar en ocasión solemne el reto que condensó su programa, al declarar no existente la Constitución de 1863 en los momentos más peligrosos, ó al reasumir el mando cuando todo parecía conjurado contra él. Pero la energía del Presidente NUÑEZ no era la dureza de la barra

mal templada que se rompe al primer choque, sino el vigor del cable fuerte y flexible que resiste la ola. A pesar de su inmenso prestigio y de la conciencia que debió tener de su propia importancia, no fue vencido por la elación y la soberbia, compañera y ruina de las glorias humanas; supo ser digno sin orgullo, mantener su prestigio sin arrogancia y unir la autoridad con la modestia.

Tuvo de la opinión pública la noción más justa y le rindió pleito homenaje, poniendo atento oído á los oráculos de esa voz, que es voz de Dios cuando expresa la voluntad del pueblo y nó la de las turbas enloquecidas ó la del hombre ignorante y apasionado cuyas palabras pasan mil veces bajo los rodillos de una prensa. La opinión pública, no formada por los aullidos del populacho ó por los dieterios de un papel inundo, sino constituida por el voto de las gentes ilustradas y de honor, fue el viento que infló siempre las velas de la nave de nuestro gran piloto. En esa opinión tenía fe, á ella rendía culto y en todas sus grandes empresas la consultaba, emplazándola como á juez de sus obras y apelando al “veredicto justiciero de los tiempos.”

Respetando la opinión sana é ilustrada, investigando con cuidado los votos de los hombres buenos, desapasionados y juiciosos, así como el dictamen de las clases respetables, fue como NUÑEZ alcanzó un prestigio superior al de todos nuestros hombres públicos; porque Murillo, aunque fue hábil político, no realizó reformas ni mantuvo tantos años su influencia; ni Mosquera, á pesar de haber sido un grande administrador, pudo librarse de ignominiosa caída; ni San-

tander, el gran ciudadano que fundó en Colombia los gobiernos civiles, pudo conservar hasta el fin su prestigio. Para comparar el prestigio de NUÑEZ es menester tal vez llegar hasta Bolívar en el apogeo de sus glorias.

No fue económico; pero se distinguió por una gran cualidad, necesaria á los hombres de Estado dondequiera y especialmente en esta tierra, donde, como él decía, todo se perdona menos la codicia: fue modelo de desinterés y generosidad para con muchos particulares y para con la Nación, á quien cedió como trescientos mil pesos de sueldos. No negaba que tuviese ambición de mando, la cual existe, como resultado de una natural vocación, en todos los hombres dotados de las cualidades que él poseía; pero su ambición no fue la del soberbio tirano que pisoteando el honor y la sangre de los hombres, deslumbra con el fausto y las riquezas, sino la del ciudadano modesto, que renunciando honores y honorarios, se retira á velar por la paz pública y á hacer patrióticas indicaciones.

Cuando uno piensa que en Colombia existió un hombre que habiendo sido elevado cuatro veces á la primera magistratura nacional, apenas ejerció el poder durante cuatro años; que renunció sus honorarios y vivió consagrado á labores intelectuales y á velar por el bien público; que no ejecutó actos de crueldad, ni derramó la sangre de sus conciudadanos y vivió modestamente, ocupado en el trabajo y la meditación,—entonces tiene que admirarse de que haya gentes que le comparen con los tiranos de América y se complace de que aquí el más prestigioso haya sido un hombre civil, sin fuerza ni riquezas.

Se ha dicho que sistemáticamente procuraba aba-

tir el prestigio ajeno y socavaba toda reputación que pudiera emularlo; pero su vida presenta rasgos de generosidad y de justicia que infirman aquel absoluto juicio. Después de establecida la Regeneración, hallándose NUÑEZ en la cumbre de su poder y de su influencia, no vaciló en declarar que entre todos los fundadores de la reforma correspondía el primer puesto al ciudadano que hoy preside la Nación, incomparable colaborador de aquella obra y el apologista más eminente de las ideas que inspiraron las nuevas instituciones. Y ahora, poco antes de su muerte, cuando el Vicepresidente de la República y muchos miembros del Congreso le llamaban á que se encargase del mando, expresó vehementemente su adhesión á aquel Magistrado, declarándose suyo hasta la muerte. Un ambicioso, cuyo sólo móvil es el egoísmo y cuyas aspiraciones son incompatibles con la reputación ajena, no concede superioridad á nadie ni es capaz de semejantes actos de lealtad y de adhesión.

El desinterés personal y su celo por las mejoras materiales fueron parte á que sus administraciones no se caracterizasen por la limitación de los gastos públicos; y aunque sus partidarios de todas épocas le reconocieron como uno de los primeros hacendistas del país, la crisis económica universal le impidió presenciar el completo y final desarrollo de sus planes. En estos asuntos, sin embargo, dejó pruebas de su habilidad consumada y del mayor celo por el buen crédito de la Nación y de sus hombres públicos. Hace algunos años que con especial solicitud y previsión advirtió los peligros de operaciones fiscales menos prudentes ó correctas, é invocando los ejemplos de las divisiones políticas á que dio



lugar entre los fundadores de la Patria algún descuido en estas materias, se esforzó por que se evitase todo motivo de censuras, maledicencias ó calumnias. Por causas más bien económicas que fiscales se estableció durante su Gobierno el régimen del papel-moneda; realizó la hazaña de manejar este sistema con tanto tino y moderación, que la moneda fiduciaria equivalió á veces á la moneda de plata; puso especial empeño en que no se excediese la cantidad de papel emitido, que él llamó con enfática frase la emisión del dogma; y bajo su dirección la moneda de papel fue benéfica para la industria, sin producir los desastres que ha engendrado en otros países. La solución que proponía al problema monetario actual no podía ser más prudente y patriótica, pues consistía en dar á la Nación la seguridad de que no habría nuevas emisiones y en adoptar despacio y maduramente un sistema de conversión lento y gradual, evitando la precipitación y la impaciencia para no agravar los males en vez de remediarlos.

El fomento de las mejoras materiales, que en países como Colombia son necesarias no sólo al comercio, á la industria y á la riqueza, sino también para afianzar la paz y robustecer el orden público, preocupó la atención del ilustre estadista. Le merecieron especial cuidado los ferrocarriles, necesidad imperiosa, exigencia imprescindible para todo pueblo que pretenda abrir paso á la civilización, que yá no anda sino en carro de fuego. Débense al Presidente NUÑEZ muchas y muy importantes mejoras de esta especie, siendo muy grandes los adelantos urbanos realizados durante la Regeneración y muy importante el impulso dado á las vías públicas. Si todavía no poseemos todos los ferrocarriles

les más necesarios, esto se debe á las dificultades con- que tuvo que lucharse al principio de la actual reforma y á los grandes obstáculos que de un modo especial presenta nuestro país á aquella clase de mejoras : el suelo más abrupto, las contribuciones más reducidas y las ideas más originales respecto de la baratura de los caminos de hierro y de las ganancias que sus empresarios deben obtener.

\*

El rasgo sobresaliente de la fisonomía intelectual de NUÑEZ, como hombre de ciencia, fue su penetración filosófica, aplicada al estudio de los fenómenos sociales. No fue un publicista por el estilo de los que exponen el programa de algún ramo de las ciencias políticas, sino un pensador profundo que se complacía especialmente en la meditación de las leyes generales de la sociedad y de los problemas del arte del gobierno. Esto constituyó el principal objeto de sus escritos mientras estuvo en Europa; y después de que se dedicó á las luchas del caudillo y á las tareas del hombre de Estado, continuó pagando tributo á aquella labor, así como á los estudios literarios y filosóficos. Su lectura era asidua y diario el ejercicio de su pluma. Hallábase al corriente de los principales acontecimientos y de los detalles más notables del movimiento científico de Europa y de los Estados Unidos; de manera que no sólo se ocupaba en el estudio de las cuestiones domésticas, sino que extendía sus observaciones á los grandes sucesos verificados en aquellos países, procurando siempre derivar enseñanzas y ejemplos convenientes á las circunstancias de su patria.

Sobresalió en economía política, materia que comprendía no como profesor erudito, sino como pensador original, porque tuvo la gloria de haber sido de aquellos que vieron claro, antes que muchos otros, lo relativo de ciertos principios que han pasado como dogmas en esta ciencia, especialmente respecto de moneda, libre cambio y sistema proteccionista.

Comprendió, como el que más, lo que pudiera llamarse nuestra sociología, y era admirable cuando planteaba los problemas de nuestra situación política y económica y cuando exponía las causas de nuestro mal-estar y los remedios que pudieran aplicársele. Por esto, cuando la fortuna le presentó la ocasión de realizar sus reformas, estaba perfectamente preparado para medir su alcance y dirigir sus tendencias, lo cual le distinguió de casi todos los revolucionarios, que ejecutan obras de demolición y casi nunca pueden tomar parte en las de reconstrucción. La Exposición que dirigió al Consejo constituyente de 1886 es monumento que la posteridad admirará como el diagnóstico más exacto de nuestro malestar político y como el plan más acertado de las rectificaciones reclamadas por la filosofía y la experiencia. En los escritos que llamó de *Crítica social* y en los que después fueron coleccionados bajo el título de *Reforma política*, aparece el progresivo curso de sus ideas, y brilla, cada vez más terso y robusto, el hilo de sus observaciones, tan vastas y casi siempre tan unas, que en sus últimos tiempos, cuando escribía sobre un tema, transcribía lo que acerca de él había dicho años antes y que resultaba confirmado por sucesos posteriores.

Las varias faces de su inteligencia podrían servir

ellas solas de materia para un interesante cuadro. Su entendimiento fue privilegiado, porque poseyó prendas admirablemente variadas, fecundas y rara vez compatibles en un mismo sujeto: la sensatez con que realizaba sus planes y el buen sentido por el cual era á la vez hombre teórico y práctico; el discernimiento para comprender y apreciar las dificultades y peligros, así como la sagacidad para hallar las soluciones más adecuadas, atendiendo al carácter de las personas y á las circunstancias; la rapidez de sus conceptos y el golpe de vista con que percibía el hito de los asuntos; el tacto con que sabía pasar por medio de los escollos y el tino con que muchas veces evitaba las dificultades; el vigor de espíritu con que las vencía y la amplitud y elevación de sus ideas, mediante las cuales lograba sintetizar claramente cada cuestión; la flexibilidad de su talento, que dominando los más variados temas, podía pasar de una materia á otra, aunque fuesen muy diversas; la independenciam de su espíritu, que le hizo capaz de aterrar ídolos y vencer preocupaciones y que es en lo que consiste la genuina libertad del pensamiento; y, finalmente, la originalidad de sus ideas, el genio, pues no hay hipérbole en calificar así á la inteligencia que abre nuevos horizontes y señala rumbos nuevos. Tántas y tan bellas cualidades hacen que aquel espíritu fuese como un poliedro admirable en que lucían variados y fúlgidos destellos.

Su estilo se caracteriza por la profundidad, elevación y originalidad de los conceptos y por la forma elegante de sus períodos, músicos, armoniosos y exornados á veces de bellas imágenes. Fotografiaba las ideas con la palabra y hallaba siempre la frase más

apropiada para expresarlas; así era que sus expresiones se fijaban fácilmente en la memoria y circulaban en el comercio de las ideas, ostentando claramente grabado el sello de sus grandes pensamientos. Distingúiase también por una impersonalidad constantemente observada, no encontrándose jamás en sus páginas el vanidoso *yo*, que pone por delante del asunto la importancia y suficiencia del escritor.

Como en la época de su educación las preocupaciones antirreligiosas cerraban á la juventud la sola puerta por donde el espíritu humano puede llegar á la solución de los problemas fundamentales de la vida, á NUÑEZ le sucedió lo que á otros, que contemplando esos cielos no pueden penetrar en ellos y se agitan, como aves prisioneras, en los vaivenes de la duda. Su escepticismo, objeto de sus propios cantos, vino á hacerse célebre, y reflejando la índole de la época, quedó compuesto de dudas filosóficas y poéticos pesares. Posteriormente, meditaciones más varoniles sobre la necesidad que tienen pueblos y gobiernos de enseñanzas sobrehumanas le inclinaron probablemente á los ideales religiosos; y más tarde tuvo la dicha y la gloria de remediar, de acuerdo con la Santa Sede, las grandes dificultades religiosas que habían atormentado la Nación durante muchos años, y de resolverlas del modo más satisfactorio para la Iglesia y el Estado, pues se reconocieron los derechos de la Religión nacional, se tranquilizaron las conciencias y se restableció en las escuelas la enseñanza católica. Murió muerte cristiana y se durmió á la sombra del Signo de las esperanzas inmortales.

Su escepticismo filosófico pudo trascender á la polí-

tica; sin embargo, NUÑEZ no fue ni pudo ser misántropo, porque si hay alguno que necesite confiar prudentemente en los hombres y tolerar sus defectos, es el que por vocación ó por oficio tiene que estar en permanente trato con ellos y obrar con su concurso. No es el hombre el lobo de Hobbes ni el dios de Spinoza: es criatura capaz raras veces de virtudes heroicas ó de horrendas miserias, y que de ordinario llena la vida con méritos alternados de debilidades. El escepticismo político de NUÑEZ, como el de todos los hombres de su clase, no consistía sino en un conocimiento profundo del corazón, que le daba gran paciencia cuando le era necesaria y que le disponía á recibir sin asombro cualesquiera desengaños; pero al mismo tiempo él daba cabida en su pecho al aprecio del mérito y á la gratitud de los afectos, pues era leal con los leales y muy amigo de sus amigos.

Sus versos, inspirados por profundas meditaciones ó por pasiones ardientes, son enérgicos, armoniosos y melancólicos y llegan al corazón por conducto del cerebro, pues impresionan y hacen pensar á un mismo tiempo. No cantó las glorias de la patria, ni las bellezas de la naturaleza; su poesía fue la poesía subjetiva, muy en boga en nuestra edad y espontánea en aquellos que experimentan las tormentas de la duda y las tempestades del alma. En ocasiones expresó sus pensamientos con tanta claridad y supo sorprender y fijar en palabras tan fielmente lo que cada cual ha sentido, que alcanzó á ser poeta popular, por lo cual muchos de sus versos corren en la memoria de todos; y aunque no se detuvo á darles una forma constantemente castiza, no hay duda de que muchas vibra-

ciones de su lira dilatarán sus sonoros y dolientes ecos al través de las edades, y su nombre vivirá seguramente con los nombres de los grandes poetas americanos.

Personalmente era NUÑEZ un cumplido caballero, de maneras afables, de trato benévolo é instructivo, muy obsequioso y liberal, gran cultivador de la amistad y poseedor de raro tacto para testificar con hechos, más que con palabras, sus afecciones. Por la extraordinaria importancia de su persona y por su urbana habilidad ejercía atracción inmensa sobre los demás ; de suerte que varios de sus enemigos políticos eran sus amigos personales, y hubo quien abandonase el campamento enemigo, en todo el fragor de una campaña, para ir á visitarle, haciendo largo viaje. Retirado mucho tiempo de las tareas del Gobierno, llevaba una vida digna y modesta, laboriosa y activa, ocupada con gran método y templanza en la meditación del bien de su patria, en mansión situada á la orilla del mar, al lado de una capilla cristiana y sombreada por palmeras tropicales. Allí le visitaban frecuentemente los extranjeros, y como sabio patriarca, no empuñaba el timón del Gobierno, sino que era el vijía inspirado de la paz y el consejero del bien público. Ninguno poseyó más títulos ni más capacidad para serlo ; ningún país fue más afortunado que Colombia en tener por consejero, bajo el título de Presidente, al ciudadano más experto y al servidor más desinteresado.

En él predominaba el sistema nervioso, y su cuerpo, débil y flaco, recibía de su poderoso cerebro la energía que se transformaba en una grande actividad y presteza para obrar. Su elevada frente denunciaba sus altos pensamientos ; su mirada escrutadora y al mismo

tiempo indefinible, significaba la penetración de su inteligencia y la profundidad de sus proyectos y desig-  
nios ; y los rasgos aguileños de su fisonomía eran indicio de su audacia y nobles ambiciones.

Alguna vez llamóse á NUÑEZ hombre providencial, calificativo que sus adversarios políticos consideraron como servil adulación é hipérbole sacrilega ; sin embargo, él no es un adfesio si se atiende al valor genuino de la expresión y á la intención que probablemente han tenido los que la han usado. Lo que se ha querido significar al llamar de esa manera al Presidente NUÑEZ es que muchas veces las circunstancias le favorecieron claramente en sus empresas y que en los momentos más críticos de su extraordinaria carrera el curso de las cosas le fue evidentemente propicio. Esto no se halla en desacuerdo con las sanas ideas ni con la dignidad humana ; pues si hay una Sabiduría y un Poder supremos que gobiernan el universo, debe haber medios, más ó menos importantes, de que Dios se vale para realizar sus fines ; si existe la Providencia, existe lo providencial. El Sér que rige lo material con leyes constantes ha entregado las acciones morales á la responsabilidad humana, pero ha hecho paralelos esos dos órdenes de fenómenos, de modo que las acciones libres se verifican dentro de un medio fatal, que son las circunstancias. Estas últimas son las que unas veces secundan los esfuerzos y planes del hombre y otras los deshacen ; por lo cual se ha dicho que en toda empresa concurren el genio, la ocasión y la fortuna : el genio pone el esfuerzo y traza la carrera, la ocasión y la fortuna forman el plano en que ella debe desarrollarse : el uno se lanza en pos de mundos ó con-



quistas; las otras son el alisio que impulsa ó el aquilón que estrella, el frío que congela el lago en Austerlitz ó la lluvia que impide el movimiento en Waterloo. En este sentido, siempre que en una nación se cumplen revoluciones notables, los que las conducen son hombres fatales ó providenciales, secundados por Dios para realizar altos fines; y cuando se les dan esos calificativos, no se les rinde homenaje á ellos sino á la Providencia, en cuya mano esos instrumentos son aristas secas y á cuyos ojos la obra que el genio realiza es espuma de un momento.

\*

Tales son los caracteres principales, someramente trazados, del grande hombre que se llamó RAFAEL NUÑEZ, gloria de Colombia y América. ¿Y su obra cuál es? Su obra se contiene en la inmensa y saludable transformación que supo realizar á poder de genio y de constancia: su obra es la paz de diez años en una República que padecía guerra crónica desde su fundación; es la unidad nacional sustituida á la disolución de la patria; es la libertad, es decir, la efectividad del derecho público y privado, en lugar de la licencia garantizada; es la administración de justicia basada sobre la legalidad y la rectitud, y no influida por las intrigas políticas ó los intereses privados; es el gobierno en vez de la anarquía, el principio de autoridad en vez de la rebelión sistemática; es la idea del progreso, apreciada y arraigada, y nó la indiferencia y el letargo que engendraba la guerra; es el respeto á la religión nacional; es la educación cristiana de la juventud, y nó el ateísmo oficial, fuente de corrupción y de anarquismo.

Los Estados Unidos de Colombia eran hace diez años una nación conocida en el mundo como el *ánima vil* que sus propios hijos habían escogido para ensayar todos los absurdos y delirios excogitados por algunos publicistas extranjeros sobre sistema de gobierno; de modo que nuestra constitución llegó á donde ninguna ha llegado, y superó á la misma revolución francesa en el momento de furia y arrebató en que ésta rompió las cadenas del despotismo secular. Aquí hubo un federalismo que ocasionaba y justificaba tantas guerras cuantas podían resultar de nueve Estados soberanos en todas las colisiones posibles entre sí y con el Gobierno general: esto hizo que las revoluciones armadas fueran aquí endémicas, como el cólera en el delta del Ganjes, y que casi periódicamente los ciudadanos pobres y desvalidos—la mayoría del pueblo—fueran sacrificados, como entre los salvajes, á la vanidad de los magnates y á la codicia de los políticos: de allí resultó también que hubiese diez constituciones, un centenar de códigos y diez fábricas de leyes, que convirtieron la jurisprudencia colombiana en el dédalo más inextricable; y por eso mismo se implantó la impunidad de los delitos, pues se estableció el derecho de asilo en favor de los malhechores, á quienes bastaba salvar el límite del feudo más cercano para quedar libres de pena y extradición. En los Estados Unidos de Colombia se falseó completamente la idea de la libertad confundiéndola con la de independencia, y así fueron lícitas acciones prevenidas y castigadas en todas partes y en todos tiempos, como la conspiración, el libelo, el motín y la blasfemia: se desvirtuó la sanción penal hasta el grado de que los

delitos atroces no tenían más castigo que una corta reclusión; y se convirtió la asociación civilizadora en causa permanente de sediciones y motines. Tanto se extremaron los delirios económicos, que vino á ser imposible el establecimiento de las contribuciones más justas y necesarias, de que resultó la impotencia absoluta para fomentar los adelantos y mejoras materiales. Aquí el gobierno, como en Bizancio, daba edictos religiosos y los congresos legislaban sobre dogmas; declaróse guerra oficial al cristianismo, religión con que el derecho de gentes distingue á los pueblos civilizados de los bárbaros; se inculcaba á los jóvenes con fanático celo una impiedad no sólo escandalosa sino rancia y fosilizada; se desconocieron los derechos y hasta la existencia de la Iglesia católica, y sus ministros fueron perseguidos y vejados como en los días del Imperio romano, pues anduvieron bajo el fusil y vistieron el uniforme del soldado.

¡ Ah ! Cuando se piensa que NUÑEZ tuvo el valor de emprender la extirpación de estos males y el talento de realizarla; cuando se recuerda que no se quedó en el camino, como á cualquiera otro habría sucedido, sino que, animoso é inspirado, avanzó hasta coronar la obra é hizo en aras de lo verdadero y de lo bueno un sacrificio completo, aunque quedasen exaltados los vencidos de antes y vencidos los antiguos amigos,—tiene que confesarse que no hay exageración en considerar á NUÑEZ salvador de Colombia y en reconocerle como acreedor á imperecedera gratitud. Los bienes positivos de su grandiosa obra, es decir, la prosperidad que puede traer la paz, están todavía creciendo; los bienes negativos, ó sea la destrucción de los antiguos

males, están consumados ; pero como son negativos, se olvidan fácilmente del mismo modo que no se estima largo tiempo la salud recuperada.

Tan necesaria era la reforma y tan hábilmente la realizó nuestro grande hombre, que logró cambiar en mucho las costumbres políticas y modificar sustancialmente las ideas de sus adversarios, á quienes venció así doblemente, “por la fuerza y por la razón.” Pocos de ellos hay, según parece, que permanezcan aferrados á las antiguas preocupaciones y adorando las estatuas rotas de sus penates: la mayor parte, vencida por la evidencia, va adoptando probablemente ideas moderadas y recorre una gran distancia hacia el campo de sus adversarios. ¡ Pluguiese á Dios que continuase avanzando, y que los partidos doctrinarios de Colombia dieran á la América latina el ejemplo de diferencias poco sustanciales en sus respectivos programas, de modo que se asegurasen la estabilidad de las instituciones y la alternabilidad pacífica en el Gobierno !

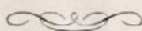
Aunque en estos momentos no hay la calma necesaria para juzgar á NUÑEZ imparcialmente, cada sol que pase sobre su sepulcro irá purificando la atmósfera de los vapores del resentimiento y su figura aparecerá clara y espléndida á los ojos de la posteridad ; y si el bronce que perpetúa la memoria de Mosquera ha estado y está firme en el centro del Capitolio nacional, el nombre de NUÑEZ deberá grabarse en primer lugar en el libro de nuestras glorias nacionales y su estatua habrá de llevar los emblemas del político, del estadista, del sabio y del poeta.

Sea cual fuere el destino que Dios reserve á la obra del Presidente NUÑEZ, su nombre, como se dijo del

de Julio Agrícola, “vivirá para siempre en la memoria de sus conciudadanos y en la historia de sus hechos.” Si magnánimos y prudentes rodeamos á su insigne sucesor, á quien él llamó la primera ilustración y la primera virtud de Colombia, y no precipitamos las reformas necesarias, cada oliva y cada laurel que crezcan en nuestro campo darán una corona para nuestro glorioso caudillo; si vencidos por nosotros mismos, no escucháramos los consejos de la magnanimidad y nos lanzásemos inoportunamente en reformar la gran reforma, contemplaríamos más tarde, al través de tinieblas y horrores, la isla á donde nos condujo nuestro gran piloto y de donde pueden apartarnos los vientos de las pasiones.

Bogotá, 3 de Octubre de 1894.

MARCO F. SUAREZ.







## CARLOS HOLGUÍN

Cuando escribíamos las anteriores líneas, consagradas á la memoria del doctor Núñez, no llegamos á suponer que las presentes, ocasionadas por la desaparición del doctor CARLOS HOLGUÍN, hubieran de seguir á las otras con tan corto intervalo, que pudiéramos publicarlas bajo un mismo título. La muerte, que ha unido á estos grandes ciudadanos en su despedida de la vida, viene también á juntar estas humildes ofrendas de amor y admiración, que colocamos agradecidos sobre los sepulcros de dos hombres que fueron indudablemente glorias de la patria y que desempeñaron importantísimo papel en nuestra historia contemporánea. A Núñez y á Holguín les cupo emprender casi juntos el eterno viaje, después de haber sido compañeros de luchas y de triunfos en los últimos veinte años. De este modo el inmortal reformador de Colombia ha sido seguido, con pocas días de diferencia, por un valeroso y denodado atleta de la causa conservadora; por un hombre que comprendió casi todos sus conciudadanos, que alcanzó el alcance y el que pudo, que empleó su inteligencia y habilidad con acierto para hacer las desventajas de sus copartidarios, para hacerlos colaborar en la obra política más civilizada que Colombia ha habido en su historia patria; por un hombre que representó al

partido conservador en la fecunda alianza que debía producir la organización del partido nacional, la regeneración política del país y las instituciones que hoy lo rigen.

La vida del doctor HOLGUÍN no cabe en pocas páginas, ni el bosquejo de su fisonomía moral é intelectual puede trazarse en reducidos días. Pocos colombianos han tomado parte tan activa como él en las luchas políticas, en la dirección y combinación de los partidos y en la administración de los negocios públicos; pocos han brillado tanto por sus talentos, ilustración y energía, y contados serán los que puedan parangonársele en la eficacia de sus esfuerzos y en el gran resultado de sus obras.

Poco más de veinte años contaba cuando le tocó presidir el Senado de Nueva Granada, en que tenían asiento personajes tan ilustres como el General Mosquera, D. Pedro Fernández Madrid y otros patricios colmados de méritos y eminentes por sus talentos ó sabiduría. Este raro hecho, que hace recordar los triunfos del gran ministro del rey Jorge III, no puede explicarse sino reconociendo extraordinaria precocidad y raras aptitudes en aquel joven que, salido apenas de la adolescencia, era ya un orador eminente, un jurisconsulto distinguido y uno de los políticos más ilustrados de su país.

Su ilustración, clásica por su profundidad y por la importante parte que en ella tuvieron los buenos estudios literarios, fue la que selló el ingenio de HOLGUÍN con un carácter notoriamente sólido; ella fue la que hizo que contrariando las corrientes de su época y hasta las influencias de su fogoso ter .te



fuese como escritor y orador, modelo de sencillez y buen gusto; y por eso sus discursos y escritos jamás fueron obras de relumbrón, sino que se distinguieron por la lógica del razonamiento y por la tersura y orden de las ideas. Su educación literaria fue una de las mejor dirigidas y aprovechadas que ha habido entre nosotros: hablaba varios idiomas vivos, conocía diversas literaturas modernas, había hecho estudios de griego y le eran familiares algunos escritores latinos. Jamás se nos caerá de la memoria el día en que le vimos por primera vez, hace diez y ocho años, irradiando prestigio y simpatía, en todo el vigor de su edad y de su gallardía varonil, examinando los alumnos de una clase de latinidad, recitando y analizando con su portentosa retentiva y su argentina voz las *Odas* y el *Arte poética* de Horacio. Era de oírsele repetir de memoria pasajes enteros de Dante ó de Virgilio, de Shakespeare ó de Macaulay, de Molière ó de Racine ó de los autores príncipes de la literatura castellana. Además de estos conocimientos, los tenía muy profundos en jurisprudencia, historia y otras ciencias, pues fue eminente abogado y profesor distinguido de derecho internacional y economía política.

Tal fue su preparación intelectual, éstas fueron las armas con que entró HOLGUÍN en el campo de la política, en aquella lid empezada al salir de las aulas, proseguida casi sin tregua y que no terminó sino en sus últimos días. Sus fuerzas consistieron en los talentos verdaderamente extraordinarios con que le dotó la naturaleza como orador y escritor; en su incomparable flexibilidad, destreza como miembro y jefe de partido; en la calma y energía indomables que le caracterizaron

como batallador intelectual, y en las virtudes públicas y privadas que le distinguieron. Nació para las luchas políticas, para los grandes duelos de la palabra y de la pluma, y así lo indicaban su resuelto continente, el color rubicundo de su fisonomía, la vivacidad de su mirada y el timbre metálico de su voz; su temperamento necesitaba del combate, y eran visibles la satisfacción, confianza y denuedo con que entraba en el campo de la polémica oral ó escrita; allí estaba su fuerza, ése era su destino.

Su oratoria no fue la de los lugares comunes ó de la declamación hueca y ampulosa, ni brilló por las imágenes con que se exornan los discursos académicos ó las arengas populares: era la oratoria parlamentaria, acerada y fulgurante, en que campeaban las armas de la convicción y jamás las de la persuasión ó del sentimentalismo; sus discursos se distinguían por la facundia inagotable, la dialéctica clara y espontánea, la sátira más incisiva, la réplica más pronta y oportuna y las alusiones históricas y científicas mejor traídas. Por muchos años fue en el parlamento el adalid del partido conservador, cuyos derechos defendió con singular vehemencia y cuyos bríos y esperanzas no dejó apagar. En los largos años de vencimiento y de prueba, cuando parecía sumamente remoto el triunfo de su partido y cuando éste peregrinaba por sendas oscuras y fragosas, HOLGUÍN estaba en el centro de los que mantenían izada la bandera y era uno de los principales guiones de la penosa marcha.

Aunque HOLGUÍN no hubiera hecho á sus copartidarios más que éste insignificante servicio, sería acreedor á la gratitud de ellos y á un muy alto puesto en

la historia del país, pues él y los demás patriotas que le acompañaron lograron mantener vivas las tradiciones de su causa, las ideas de su programa político y las aspiraciones de sus amigos, evitando así entre nosotros el gran mal que se ha realizado con frecuencia en la América Española, donde ordinariamente parecen los partidos doctrinarios poco tiempo después de hallarse vencidos. Los vencedores tienen cuidado de adoptar denominaciones que halagan á las masas, defraudando el programa de los vencidos, en tanto que estos últimos, depositarios muchas veces de ideas más civilizadoras, enmudecen y se desalientan. De allí que en lugar de partidos doctrinarios no haya en algunos países americanos sino agrupaciones personales, caracterizadas por nombres y no por principios. Si en Colombia no ha sobrevenido aún este infortunio, que en definitiva sustituye como móvil sistemático la ambición á las ideas, débese á que los conservadores no han dejado de serlo en los tiempos de prueba; y esto último ha sido obra de aquellos que como HOLGUÍN se han consagrado, con patriotismo y abnegación, á defender las ideas y á mantener el entusiasmo. Esta conducta, á la vez que supone mucha habilidad, exige grandes virtudes; porque el hombre que por largos años persiste en la defensa de principios perseguidos en su misma Patria, tiene que poseer grande abnegación y entereza para no anteponer á una causa ideal los provechos de la deserción y la tranquilidad de los acomodamientos.

Cuando el doctor HOLGUÍN se inició en la política la tribuna neogranadina se enorgullecía de los mejores oradores que había conocido en el país; mu-

chos hombres eminentes de aquel tiempo asociaban á su ilustración y grandes aptitudes el excelso dón de la palabra, arma poderosa en las democracias y uno de los más sólidos apoyos para ascender las gradas de la carrera pública. Márquez, Ospina, Caro, Arboleda, Ordóñez, Borrero, Mallarino, ó brillaban entonces en la plenitud de sus fuerzas, ó habían bajado al sepulcro hacía tan poco tiempo, que aún persistían los ecos de su elocuente palabra. Afiliado HOLGUÍN en el partido á que pertenecían aquellos ilustres repúblicos, ligado á algunos por los vínculos de la sangre, y habiendo recibido de otros sabias lecciones, su espíritu se modeló hasta cierto punto de acuerdo con el de sus maestros y su carácter intelectual conservó con algunos de ellos cierta semejanza que puede percibirse aun por los que no conocieron aquellos personajes con tal que se fijen en sus producciones. No hay duda, por ejemplo, de que en HOLGUÍN se reflejaron algunas de las cualidades del segundo mártir de Berruecos, pues ambos fueron humanistas, oradores eminentes y polemistas de mucha fuerza; ni la hay de que recibió los influjos del ilustre Vicepresidente de 1855 y 1856, pues como él fue letrado, elocuente y apto para comprender y dirigir las combinaciones de los partidos.

Como escritor tenía caracteres análogos á los de su oratoria, pues sus artículos se distinguieron por el fuego y vivacidad de los pensamientos y por la fuerza de la dialéctica. Escribiendo casi al correr de la pluma, no imprimió siempre á sus obras toda la corrección de que fue capaz; pero á pesar de eso, su estilo es á veces comparable al de Valera en la facilidad con que se desliza y en la donosura y elegancia su frase alada y su pe-

ríodo rápido brotan como la conversación y son el remedo fiel de sus discursos, porque casi siempre su móvil era más bien que la meditación el entusiasmo. Como polemista fue formidable y sobresalió en la controversia con especial brillo; su admirable memoria y su experiencia de los hechos más notables de nuestra historia política le habilitaban para responder siempre al adversario, y los recursos de su dialéctica, así como su mordicante ironía, hacían que sus golpes fuesen contundentes. Con todo, y aunque los asestaba con tanta intrepidez que á veces rayaba en coraje, no descendía á la vulgaridad ni á las agresiones personales. Vímosle pujante, empeñado en luchas de esta especie, hasta hace apenas un año, en que su última contienda fue uno de los más gloriosos pasos de su carrera, lucha memorable y honrosa por la importancia del adversario y por el interés que despertó en todo el país; y vimos también cómo el valiente adalid del partido conservador supo no sólo corresponder á su pasado, sino demostrar que sus fuerzas y bríos se hallaban íntegros, defendiendo su causa con tanta habilidad, ardor y buen éxito, que arrancó aplauso general en las filas de los suyos.

Fue HÓLGUÍN periodista insigne, pues brilló en ese campo con todas las dotes que dejamos apuntadas, y porque en él puso de manifiesto su carácter enérgico y valiente. Algunas veces, desempeñando esta clase de tareas, llegó hasta desafiar las iras de sanguinario dictador y esgrimió su pluma á despecho de las tiranías democráticas. Sus periódicos no sólo ostentaron el brillo de sus controversias y la energía de sus filípicas, sino también la firmeza e instrucción con que sabía

tratar las cuestiones teóricas y los asuntos jurídicos de varias especies, que analizaba con toda la pericia de un profesor consumado. Conociendo á fondo nuestra historia y poseyendo vasta ilustración, sus escritos no eran las fastidiosas vaguedades, ni las ampulosas declamaciones, ni los raudales de dicterios en que ha sido fértil la prensa colombiana, sino que se distinguían por la novedad de las observaciones y por el interés que comunicaba á todos los temas. Una de las muchas circunstancias que hacen deplorable la temprana muerte del ilustre publicista, es que no hubiera escrito sus *Memorias*, obra que habría sido de alto interés para la historia de Colombia en los últimos cuarenta años.

Sus aptitudes como político y caudillo consistieron sobre todo en su gran flexibilidad, debido á la cual fue singularmente á propósito para realizar alianzas y combinaciones de equilibrio, cualidad tanto más notable cuanto más rara ha sido en nuestros hombres públicos. Donde las divergencias políticas no implican enemistades personales y donde las agrupaciones no se abominan con odio comparable al de las antiguas sectas, combinaciones de aquella especie no son raras, pues ni ellas se miran con execración, ni los que las realizan son considerados de otro modo que como caudillos hábiles en el arte de dirigir las fuerzas políticas. Pero en países donde los partidos distan entre sí inmensamente en materia de principios y donde, por desgracia, las cuestiones religiosas son parte integrante de sus programas, las diferencias políticas equivalen á un entredicho respecto de los que se hallan afiliados en opuesto campo, lo que imposibilita toda equidad y toda labor de

conciliación. Ya se ve, por consiguiente, cuán difíciles son las labores de aquellos que, sobreponiéndose á las preocupaciones, procuran aprovechar las tendencias armónicas, aunque provenientes de diversos campos. En este último sentido, HOLGUÍN, lo mismo que Núñez, fue innovador, y debido á él hemos visto prácticamente que semejantes alianzas pueden ser benéficas y que, en lugar de vituperio, merecen alabanzas aquellos que las promueven con miras patrióticas y escogiendo elementos sanos.

Cuando HOLGUÍN inició esta política—porque él fue su principal iniciador—muchos desconfiaron de su empresa y aun la improbaron, teniéndola como una especie de abdicación de principios, capaz de deshorrar la causa. Los que tal juzgaron se inspiraban probablemente en principios demasiado absolutos; tuvieron en cuenta las tradiciones de nuestra historia, que no había presentado ejemplos semejantes sino de muy corta duración y de carácter más bien militar que de otra especie; ni comprendieron que para coronar la altura el camino mejor es el zigzag y no la línea recta. Los resultados han venido á resolver el punto en favor de HOLGUÍN, pues sus planes y su obra fueron poderosos á exaltar á su partido hasta las cumbres del mando, después de haber vagado durante veinte años por los valles de la desolación, azotado de infortunio. Y lo más notable es que después de las evoluciones iniciadas é impulsadas por el ilustre político, el partido conservador no resultó, como parecía natural, abdicando sus principios ó adoptando híbridos programas, sino que surgió depurado, asido al áncora del 43 y no cediendo á la rota brújula del 58.

HOLGUÍN alcanzó esos resultados asociando á las combinaciones de su talento la energía de su voluntad y de su singular constancia, que jamás desmayaron y que le mantuvieron siempre vigilante y resuelto en la vía de alcanzar el triunfo de su causa, más bien que por la fuerza de las armas, por el poder de la estrategia política. Su energía y su valor fueron tan excepcionales, que llegaron quizás hasta el extremo de no consultar en todos los casos la opinión popular, lo que puede explicarse tal vez en muchísima parte por ciertos hábitos que en él produjo el buen éxito alcanzado aun á despecho de manifestaciones pasajeras de esa misma opinión, en la cual dejó de tener una fe constante. Su energía asumía todas las formas: el valor personal y civil, el denuedo para afrontar cualesquiera dificultades, la firmeza para resistir los más furiosos embates, la entereza en presencia de los reveses y la paciencia para soportar amarguras y sinsabores en obsequio de su causa.

Las cualidades de HOLGUÍN como orador, escritor y jefe de partido no le fueron igualmente útiles para las tareas del gobierno, á que fue exaltado durante cuatro años por la voluntad casi unánime de la representación nacional. Sus prendas de combate, si así puede decirse, le impidieron la constante serenidad que debe distinguir al gobernante; su misma elocuencia y hábitos de polemista le hicieron olvidar á veces que el estadista necesita guardar ciertas reservas mientras se halle en el poder; pero su grande energía y su celo por la causa del orden y de la justicia lo elevaron á grande altura como gobernante capaz de salvar el principio de autoridad, lo cual es una gran contribución al caso la



primera, de los hombres de gobierno, especialmente en esta época amenazada de anarquismo y en esta tierra atormentada de anarquía.

Aunque sus ideas políticas, como sucedió á la inmensa mayoría de sus copartidarios, se contagiaron de las concesiones teóricas hechas al partido opuesto en la época de la Confederación Granadina, HOLGUÍN fue de los primeros que reconocieron la necesidad de una reacción hacia el programa genuinamente histórico, para restablecer el régimen de una legalidad tan vigorosa como lo ha exigido la situación anárquica de la Patria. Los hechos comprueban, del modo más decisivo, la exactitud de las ideas del eminente político, pues demuestran que las naciones americanas no se civilizan sino por la paz y por los gobiernos que mantengan la paz: de todos los países latinos de este continente los más prósperos han sido Cuba, Chile y el Brasil, es decir, aquellos donde son más raras las revoluciones; y de los restantes los más adelantados son, sin duda, aquellos donde más profundamente se ha desarraigado la guerra, esto es, México y la República del Plata.

HOLGUÍN estaba persuadido de que la civilización no avanzaría entre nosotros sino mediante el trabajo, el comercio y la riqueza, cuyos intereses pueden sufocar, casi por sí solos, el espíritu revolucionario; y pensaba también que esos objetos no pueden alcanzarse sino por la paz, conservada por un gobierno sólido, auxiliado de leyes severas. Es muy probable que esta idea, tan elemental como práctica, sea la más acertada entre todas las teorías etnográficas y políticas excogitadas para explicar y remediar nuestras perennes

luchas. Si esto fuere así, la salud de nuestras sociedades no podrá resultar de un régimen débil, sino de gobiernos vigorosos, ni se deberá sino á los hombres capaces de mantenerlos y conservarlos; nuestro malestar, según esto, no es consecuencia de ingérita ineptitud, sino una faz común en la evolución de todas las sociedades; á quien corresponde resolver los problemas científicos del gobierno, es á los pueblos más civilizados; la principal misión de estos países es desenvolver sus elementos; cualquiera otra tarea, como las que por largos años nos han ocupado, es comparable á la del labrador que, en lugar de trabajar para sus hijos, se propusiera fundar en su cabaña un estudio parecido al de Pasteur. Nuestra tarea debe ser sostener el trabajo por la paz y la paz por el trabajo; y para que este círculo, en que el efecto es causa y la causa efecto, no nos desaliente, es fuerza admitir como condición necesaria de la paz una administración pública muy legal y muy vigorosa. Hé aquí por qué nos atrevemos á considerar la energía del doctor HOLGUÍN como una de las primeras condiciones de nuestros estadistas.

Habitado desde temprano á las lides políticas, HOLGUÍN adquirió extraordinaria indiferencia y aun insensibilidad en las situaciones difíciles. Esto y su optimismo fue sin duda causa de que sus labores oficiales no se distinguiesen por toda la asiduidad y regularidad que puede exigirse á los que, como él, son versados en las ciencias de administración y en la jurisprudencia; pero por aquellas mismas circunstancias era muy apto en todas las situaciones que exigen destreza y sangre fría. Su propia índole y la de las tareas de

su predilección, que fueron las del batallador y jefe de partido, le estorbaban practicar en el gobierno el estudio minucioso de los detalles y el examen escrupuloso de las cuestiones administrativas; así fue que no sobresalió como organizador, sino como guardián celoso del orden público y fautor entusiasta de las mejoras materiales.

Sus dotes naturales, sus cualidades más profundas triunfaban de las otras, y por eso en HOLGUÍN el político se sobreponía al hombre de Estado y aun al diplomático. Encargado de las tareas del gobierno, obraba de lleno como jefe de partido; sus mensajes y alocuciones, aunque se dirigiesen á la Nación ó á sus representantes, eran á veces vehementes apologías ó ardiertes filípicas con todo el sabor de los escritos de política contenciosa; hasta en la carrera diplomática, en que brilló de un modo especial por su cultura, conocimientos y dón de gentes, hubo ocasiones en que su aquilatado patriotismo y su vocación á las luchas públicas le arrastraron de las controversias del gabinete á las del periódico. Llegado el momento en que consideraba seriamente interesada su causa, no vacilaba en bajar al estadio, asumiendo, eso sí, todas las responsabilidades.

Bien analizada esta cualidad del benemérito caudillo, habrá que reconocer que el fondo de ella no fue un defecto sino una condición recomendable; porque tampoco hay duda de que el jefe de gobierno tiene que ser jefe de partido, por más que eso repugne á teorías bellas pero impracticables. No hay que pensar, en efecto, que el gobernante puede ceñir su acción, así ni en parte alguna, á la mera ejecución de

la ley, pues el que así obrase sería como el marino que se contentara con mirar la brújula sin poner la mano al timón. Ni la ley lo puede prever todo, ni el campo de la ley es el único adonde se extiende la acción del que gobierna; manejando hombres, cuyas ideas y voluntades son tan inconstantes y encontradas, el gobernante tiene que auxiliarse de recursos mucho más fecundos y variados que el mero cumplimiento de la ley. Si el doctor HOLGUÍN fue tachable en este punto, no es probablemente por haber obrado como jefe de partido, cosa que tiene que hacer todo jefe de estado en circunstancias como las de nuestro país, sino por la franqueza y vehemencia exageradas de que usó algunas veces; y si esa franqueza, así excesiva, pudo ser inconveniente, indicaba al mismo tiempo un ánimo resuelto y un corazón varonil.

Algunas de las cualidades de que hemos hablado formaban en la fisonomía moral de HOLGUÍN rasgos opuestos. Como hombre de combate, conocedor de su fuerza y acostumbrado á la victoria, aparecía á veces arrogante; y sin embargo, en el trato particular era hasta humilde, pues llegaba á reconocer sus errores. Fue hábil conocedor de los hombres, sagaz para tratarlos y dirigirlos; y no obstante, cuando se olvidaba de la política, era candoroso y condescendiente. Tenía gran celo por su causa, de la que fue fiel guardián y cuyas tradiciones veneraba; y á pesar de esto confió demasiado en los demás y descansó tranquilo en la pericia ajena. Asociábanse así en él prendas encontradas, pues era un león en la lucha y un cordero en el trato, por lo cual después de sesiones parlamentarias en que había combatido con singular ardor, salía abrazado con sus adversarios.

Era un enemigo resuelto y al mismo tiempo un corazón sin odios, pues no conservó resentimientos y trataba cariñoso á los mismos que le habían dirigido los más apasionados ataques. En él puede decirse que había dos hombres, que eran el atleta y el conductor: el uno indomable, arrogante y ardoroso; el otro flexible, conciliador y hasta paciente.

Pocos hombres han tenido un trato social y familiar tan culto y agradable como HOLGUÍN, que cautivaba las voluntades con la afabilidad de sus expresiones, con la amenidad de su conversación, con sus relatos chispeantes y graciosos y con el cariño que sabía manifestar; pocos le igualaron como hombre de corte, pues sus dichos, ademanes y continente llevaban el sello de la sencillez, la gracia y la elegancia. Estas cualidades, unidas á su ilustración y patriotismo, fueron las que más le aprovecharon en las tareas diplomáticas, que desempeñó por largo tiempo como Ministro de primera clase ante varios gobiernos europeos. En ese puesto prestó importantes servicios al país, cooperando brillante y eficazmente á estrechar las relaciones internacionales de Colombia, representando á la Nación con dignidad y acierto y procurando el arreglo de las cuestiones que entonces se hallaban pendientes. Las mismas prendas fueron las que le granjearon extensas simpatías no sólo en su partido sino entre sus adversarios, quienes hacían á veces justicia á sus méritos y reconocían sus brillantes dotes.

En su alma hubo virtudes de verdadero cristiano. ¡Cuán grande se mostraba cuando abría los brazos á los mismos que le habían dirigido las más rudas agresiones! Era magnánimo porque era fuerte; y si pudo

dominar los ímpetus más instintivos del alma, que son tal vez los del resentimiento, lograba esto no sólo por la presencia de ánimo que adquirió en su carrera de constante batallar, sino porque tenía fe en el Evangelio. Fue patriota en alto grado, pues vivió consagrado á la causa que para él encerraba la salud y el porvenir de la Patria; á ella dedicó sus talentos y energía, y á ella ofrendó—no exageramos—hasta las últimas palpitaciones de su corazón.

Tocáronle grandes satisfacciones, pues vio el triunfo de su causa y recibió las más señaladas muestras de confianza de sus conciudadanos, que lo elevaron, por el voto casi unánime de sus representantes, á la primera magistratura nacional. Quiso Dios que sus últimos días fuesen amargos y que se levantase contra él la tempestad política más recia y encarnizada de que hay tal vez ejemplo en nuestra historia, y en la cual indudablemente han tenido más parte que la justicia el recuerdo de las glorias del intrépido atleta y el de los golpes que de su mano recibió el partido enemigo. Esto que decimos sobre punto tan delicado no es ni puede ser juicio nuestro, sino una opinión sumamente abonada de acierto y de justicia; no es el dictamen de ningún entendimiento tachable por la parcialidad ú ofuscado por la pasión; es el fallo de los inocentes, de cuya boca suele brotar la verdad. En uno de los días de triste recuerdo pasámos junto á unos niños de corta edad que en medio de sus juegos se mostraban admirados de que todos los ataques fuesen contra el doctor HOLGUÍN; y si no nos hubiera contenido el candor de aquellos inocentes, les habríamos explicado el enigma diciéndol... y los furores

de bando son como el furor de los vientos, que azotan con mayor fuerza los robles que los otros árboles. Por lo mismo que ha tocado al caudillo bajar á la tumba en noche tempestuosa, los que amamos su memoria esperamos que amanezca el día de la justicia, y el torrente se ponga en el debido nivel, y se recuerden en toda su importancia y magnitud los servicios que CARLOS HOLGUÍN prestó á su país y á su causa.

Octubre 26 de 1894.

MARCO F. SUAREZ.

